

Reminiscencias de Santafé y Bogotá

JOSÉ MARÍA
CORDOVEZ MOURE

Ilustrado por
ALEJANDRO USCÁTEGUI

Estas páginas de vida doméstica son tomadas del libro que mejor ilustra la vida de los bogotanos del siglo XIX, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, escrito por José María Cordovez Moure. Llenas de gracia, de finísimo sentido del humor, de ironía, sacadas directamente del natural, son estampas del modo como transcurría el día a día de los cachacos bogotanos de antaño. No existe otra ciudad que tenga un mejor espejo en qué mirarse, otra que pueda saber de manera más precisa qué era y cómo llegó a ser lo que hoy es. Este privilegio, que constituye un tesoro, una riqueza sin precio, es una deuda de Bogotá con el más grande cronista que dieron estas tierras.

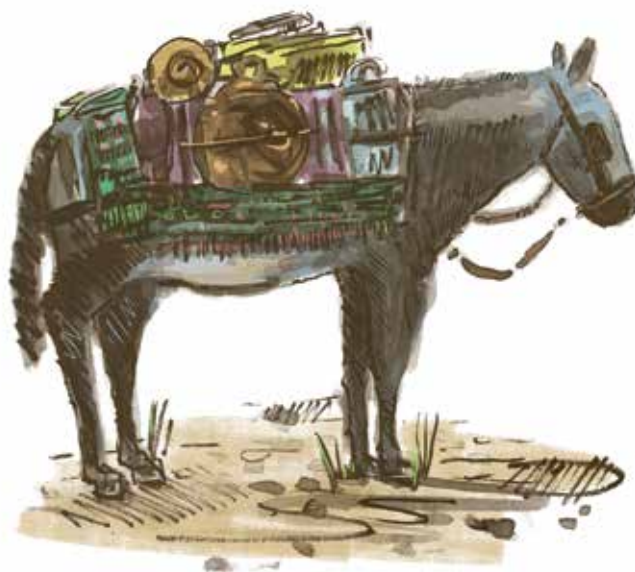


Leer es mi cuento 49

Reminiscencias de Santafé y Bogotá

JOSÉ MARÍA
CORDOVEZ MOURE

Ilustrado por
ALEJANDRO USCÁTEGUI



**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**

Angélica Mayolo Obregón
Ministra

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**

María Victoria Angulo
Ministra

AUTOR

José María Cordovez Moure

Ilustrador
Alejandro Uscátegui

Editor
Iván Hernández

**Directora
de arte**
Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL

Ángela Beltrán
*Directora encargada
Ministerio de Cultura
de Colombia*

Diana Patricia Restrepo
*Directora Biblioteca
Nacional de Colombia*

María Orlanda Aristizábal
*Coordinadora de Literatura
Ministerio de Cultura de Colombia*

Iván Hernández
*Editor de la serie
Leer es mi cuento*

Primera edición,

ISBN:

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:
literatura@mincultura.gov.co



El hogar doméstico

JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE

(Selección)



Refieren las crónicas antiguas que, al embarcarse un misionero en el puerto de Cartagena de Indias para regresar a España, se quitó las sandalias y las golpeó una con otra, exclamando con júbilo: «¡De América, ni el polvo!». Y ciertamente que al considerar las fatigas y trabajos que sufrieron los conquistadores y los primeros colonos que vinieron al Nuevo Mundo, donde sólo encontraron poblaciones ignorantes y embrutecidas por la más grosera idolatría, sin industria que les procurase los indispensables objetos para la comodidad y bienestar material, con alimentos de sustancias desconocidas, de las cuales muchas no nutren, vestidos de telas hechas a mano en que campeaba lo tosco con lo imperfecto y, por sobre estos inconvenientes, el espíritu de revuelta que sentó su imperio aun antes de que Colón hubiera puesto el pie en las tierras descubiertas, todo esto, decimos, bastaría, en cierto modo, para justificar la amarga invectiva que encierran las palabras transcritas, que podrían considerarse como una maldición.

Leyendo la historia de los diversos pueblos que habitan el globo, hemos podido observar que no sólo en cada nación, sino también en las ciudades y aldeas, se notan ciertos hechos característicos que vienen a ser el tipo especial con que se les distingue, hechos de mayor o menor importancia, pero que bastan para formar idea completa del carácter e inclinaciones de cada nacionalidad.

Así, por ejemplo, en los tiempos modernos, es casi una verdad demostrada que Francia es la patria del extranjero; Inglaterra, la tierra del confort, de la miseria y de la opulencia; Italia, la cuna del Arte; Alemania, el país de la filosofía, que todo lo escudriña; Suiza, el refugio de los perseguidos; España, el pueblo más celoso de su independencia; Rusia, el poderoso baluarte del despotismo; Holanda, el emblema de la tenacidad incontrastable para defenderse contra el océano que quiere devorarla, y Bélgica, la colmena obrera que lucha por resolver el problema de su existencia. Y si pasamos a los Estados Unidos, encontramos el pueblo más activo y emprendedor que se haya conocido desde la creación del hombre.



6 No discutiremos el cansado tema de si España cumplió, bien o mal, con los deberes que le impuso la conquista de medio mundo, sin que esto nos impida confesar que la Madre Patria nos dio lo que tenía, y que en materia de actos de fuerza y poder para asegurar lo que creía sus derechos como nación conquistadora, no se mostró cruel con los aborígenes, en comparación de las atrocidades sistemáticas llevadas a cabo por los ingleses dondequiera que asentaron su dominación.

Pero si el atraso relativo de la metrópoli no le permitió ponernos al nivel de otras colonias más adelantadas, en cambio nos hizo la magnífica regalía de enseñarnos a vivir la vida de familia, como si se hubiera tenido el presentimiento de presentarnos una compensación para la agitada y tormentosa existencia que hemos llevado las partes de este todo que se llama América española.

Si pasamos revista a las diversas nacionalidades que existen desde México hasta la Patagonia, hallaremos en todas ellas que la familia, tal como está constituida, es el principal factor de nuestro modo de ser social; pero en las agrupaciones fundadas en el corazón de los Andes o en sus altiplanicies, como Bogotá, a más de doscientas leguas del mar, sin caminos para transitar por los despeñaderos que la separan del mundo civilizado, y tan próxima al vacío

atmosférico que podría decirse sin hipérbolo, que vivimos en otro planeta: en el Bogotá de hoy, lo mismo que en el Santafé de marras, tiene excepcional importancia el hogar doméstico, con la notabilísima circunstancia de que en ningún otro punto del globo reúne las condiciones y encantos que le son peculiares entre nosotros, y eso que se ha hecho todo lo posible por afrancesarnos o yanquizarnos.

Es cierto que, en los nuevos usos introducidos en nuestra sociedad, muchos de los cuales han producido ya pésimos frutos en el país de su invención, se han cambiado algunas costumbres con detrimento del hogar, que siempre ha sido en este país un completo dechado de virtud, sencillez y cordialidad. Y esto se explica de suyo: desde que se desprende una pareja de las respectivas ramas del árbol frondoso de sus familias, para hacer casa aparte, empieza la formación del nuevo nido que las esposas colombianas, con inteligente perseverancia, convierten en verdadero alcázar de felicidad, arbitrándose medios, si no tienen fortuna, para hacer de las cosas de poco valor objetos de gusto y comodidad, transformando un ajuar pobre en mobiliario elegante, y llevando a cabo los milagros de que sólo su acendrado cariño y desprendimiento son capaces.

Si se trata de la crianza de los hijos, nuestras esposas se sienten orgullosas

con amamantarlos ellas mismas, y no hay consideración que sea capaz de reducir las a que cedan ese sublime deber a mercenarias nodrizas. Entre nosotros sí se cumple el precepto de que el regazo de la madre sea la cátedra sagrada en donde aprende el niño a pronunciar el nombre de Dios, con los principales rudimentos de la religión que debe profesar; y hasta que llega el tiempo de que empiece a recibir la educación por manos extrañas, ve en sus padres los representantes de la Providencia, que le proporcionan, en la esfera de sus facultades, el sustento diario, el vestido que lo abriga, los juguetes que lo distraen, el paseo que lo alegra, y por sobre todas estas materialidades, el profundo amor y cariño que a todas horas le prodigan, sin que se agote la fuente de ternura, de tal modo que puede decirse que tal atributo lo trasmite la Divinidad a los padres de familia, como un reflejo de su infinita bondad para con sus criaturas.

Ya crecidos los hijos, van los varones al colegio; pero las niñas, por lo regular, no se apartan de la madre, quien les enseña la vida práctica y hacendosa del hogar, donde aprenden, en vista del ejemplo, que es el mejor maestro, todo el cúmulo de quehaceres domésticos que hacen aptas a las colombianas para emprender el camino incierto de la vida, con la mirada fija en el cielo que las inspira, y consagradas en absoluto al cumplimiento de los

deberes consiguientes al puesto en que las ha de colocar su buena o mala fortuna.

De la especial educación que recibimos los suramericanos, ha resultado un conjunto de costumbres y usos totalmente diferentes de los que distinguen a los europeos y norteamericanos: aprendemos nociones generales en ciencias y artes, pero son muy raros los que se dedican a determinadas especialidades, y esta manera de ser se refleja en todos nuestros actos. Citaremos como ejemplos conducentes al hecho de que, hasta hace poco tiempo, cada tienda o almacén de comercio era un conjunto o muestrario heterogéneo de mercancías: con frecuencia vemos a los médicos encargados de la composición de caminos, a los abogados entregados a la agricultura, a los ingenieros enseñando literatura y a los artesanos que siguen la carrera de las armas.

El mismo fenómeno se nota en el hogar doméstico: la señora de la casa se creería humillada si no atendiera personalmente al arreglo y aseo de las habitaciones, al vestido de la familia, a la práctica de los deberes religiosos, a la dirección de todo lo concerniente a los asuntos culinarios —de manera que manda hacer los potajes fundada en que ella los sabe preparar—; en una palabra, en el hogar doméstico nuestras matronas ejercitan, con entera

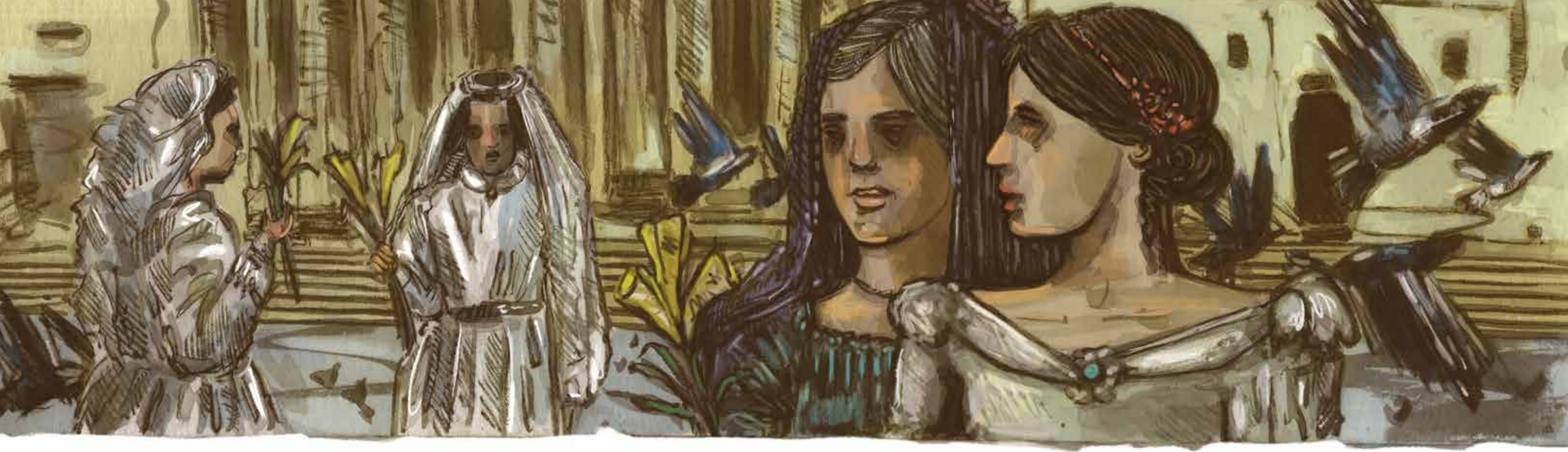


libertad y como soberanas absolutas, las admirables dotes que hacen de ellas las primeras entre madres, esposas y amigas.

Por lo general no son muy letradas, aunque sí gustan de la lectura; tienen marcada inclinación al chiste incisivo y de doble sentido; no son competentes para la teneduría de libros ni las lucubraciones científicas; se inclinan a la política militante por tener el gusto de ayudar a los hombres en sus tareas guerreras, pero lloran al saber que el amigo-enemigo murió cumpliendo con su deber; son piadosas, y tienen marcada predilección por todo lo que se relacione con asuntos religiosos; sobresalen en la devoción que profesan con especialísimo afecto a la Madre del Redentor; temen más al ridículo que al infierno; son apasionadas por el cultivo de las flores; ajenas al juego; les encanta ejercitar la lengua, al mismo tiempo que ocupan las manos en la confección de bordados y en tejer preciosos encajes para su uso personal; tienen facilidad para la música y gran disposición para la pintura, a la que no se dedican con la constancia que debieran; no son calculadoras en asuntos de matrimonio, y es muy rara la que contrae enlace que tenga por objetivo el dinero.

No es menos notable el aspecto físico de las bogotanas. Por lo regular son de mediana estatura, de pie y mano pequeños, con abundante y rizada cabellera color castaño, tez morena y carnes mórvidas, ojos vivos y rasgados, de andar garboso, pero sin el movimiento cadencioso que se observa en las mujeres de las tierras calientes, acaso por el hábito que tienen de salir a la calle envueltas en la tradicional mantilla, que las favorece, como la sombra en el cuadro, para hacer resaltar la figura. Al ver un grupo de muchachas reunidas en nuestros salones, se creería presenciar alguna fiesta en la alta sociedad de las más cultas ciudades europeas; mas al contemplarlas en las fiestas o paseos con que se divierten en las pequeñas poblaciones donde salen a veranear, se las podría tomar por las pastoras del Guadiela o de la Arcadia, de que tanto nos hablan los poetas.

Todavía se considera en Bogotá como una bendición del cielo la fecundidad de la madre cristiana,



que se complace en presentar a sus hijas con el mayor adorno posible, contentándose ella con vestirse la modesta saya o traje oscuro, esparciendo en torno suyo miradas de satisfacción y orgullo al verse reproducida en cada una de sus hijas, y como repitiendo las célebres palabras de Cornelia, madre de los Gracos, cuando la reconvinieron porque no usaba alhajas, y contestó mostrando sus hermosos hijos: «¡Estos son mis mejores joyas!».

La abnegación de las colombianas llega, si es necesario, hasta el heroísmo: Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos prefirieron honrosa muerte antes que delatar o descubrir los secretos que les confiaran los patriotas. La hija del pueblo sigue al esposo o al amante que le arrebatan nuestras contiendas civiles: marcha a la vanguardia del ejército, carga el morral, los útiles de cocina y el fruto de su amor; y cuando llega el soldado al campamento, ya le tiene preparada la comida para restaurar las fuerzas, reservando para ella los

restos de lo que buscó con solícito afán; en el combate toma puesto detrás de su amado, y si se lo hieren o matan, coge el fusil que aquel no puede manejar y se convierte en terrible leona que defiende o veng a sus cachorros. Subamos más alto y veremos que en la mayor parte de los matrimonios en que el marido carece de fortuna o tiene que ir a buscarla en climas deletéreos, va acompañado de la joven esposa, quien, olvidando las comodidades y regalo de que gozó en la casa paterna, se somete gustosa y resignada a las mayores privaciones, a trueque de contribuir en algo a la formación del nuevo hogar y a labrarse un porvenir que los ponga al abrigo de la miseria.

No hace muchos años que una interesante y joven pareja abandonó Bogotá para ir a fundar el cafetal que la hizo rica: para recordar la generosa acción de aquella noble dama, el afortunado cuanto feliz consorte regalóle valioso aderezo de diamantes que imita la fragante y blanca

flor del precioso arbusto. Conocimos otra incomparable esposa, que cual solícita madre, atendió con especial ternura y consagración a su marido atacado por espantosa lepra, hasta que la muerte puso fin a tanta desdicha. Seríamos interminables si pretendiéramos presentar ejemplos en abono de lo que dejamos consignado.

La separación o secuestro de la altiplanicie respecto de las naciones más civilizadas, y probablemente la falta de conocimiento de los usos y costumbres de otros pueblos, debió de influir para que en Santafé se viviera como en familia, sin preocuparse con lo que pasaba en otras partes, al mismo tiempo que se creía a pie juntillas que este rincón del mundo ocupaba la misma categoría que la tierra prometida a los hebreos. Ignoramos el aforismo que tuvieron los santafereños para expresar su modo de pensar acerca de esto; pero sí sabemos que los quiteños, cuya ciudad tiene bastante analogía con Santafé, decían con patriótico orgullo:

«¡De Quito al cielo, y allá un agujerito para ver a Quito!».

La absoluta carencia de cafés, clubs u otras asociaciones que en el día tienen el carácter de forzoso punto de reunión de los jóvenes, influía poderosamente para que estos no hallaran honesta distracción y pasatiempo sino en el cultivo de relaciones de familia, en donde lucían su ingenio, aguzaban el entendimiento para salir airosos en sus legítimas aspiraciones y, más que todo, estaban al abrigo de las costumbres licenciosas que los retraen de nuestros salones, y les imponen la inexorable ley de girar contra el porvenir, en letras de cambio a treinta años vista, plazo que se cumple cuando ya no hay lugar a protesta. ¡Ojalá nos entiendan los que se dignen leernos!

Pero antes de entrar de lleno en las reminiscencias de la buena y patriarcal vida de hogar de los santafereños, no está de más que hagamos notar dos hechos curiosos, que tal vez hayan contribuido



en mucho para la paz y concordia de las familias: queremos hablar de las causas eficientes de discordia y tormento de los casados, a saber: las suegras y las dueñas. De las últimas habla el inmortal Cervantes, en términos tales, que las hace poco diferentes de una legión de demonios, y de las primeras hemos leído, también en muchos libros en prosa y verso, que son basiliscos o abortos del infierno, a quienes Dios permite en el mundo para que en vida paguen los malaventurados que tienen la desgracia de llamarse yernos o entenados suyos, los pecados de mayor cuantía que hayan cometido o llegaren a cometer. Y aquí cabe bien, para que no se nos tache de exagerados, repetir el conocido cuarteto que dice:

Yace aquí un mal matrimonio,
dos cuñados, suegra y yerno;
no falta sino el demonio
para estar junto al infierno.

Pero por la gran misericordia de Dios, las dueñas son artículos desconocidos entre nosotros, y aunque es verdad que para reemplazarlas en el oficio de terceras (no de la orden de los Mínimos), queda por ahí aún una que otra beata rezagada, que lleva su alcurnia hasta topar con el tipo raizal de las que usaban sombrero cónico con pluma de pisco, mantellina vergonzante, saya estrecha y corta que dejaba ver el pie y parte de la pantorrilla, zapato de cordobán y media de hilo blanco, pendiente de la cintura el enorme rosario de gruesa cruz,

brazos desnudos, el cigarro en la boca, y gran ridículo o garniel para cargar los objetos que vendían, como pretexto que les diera entrada franca a las casas donde iban a ejercer su caritativa misión.

¿Quién puede poner en duda que también hubo, hay y habrá suegras en Santafé y Bogotá? Afortunadamente las de por acá no son del mismo calibre de las de por allá, o mejor dicho, lo corriente y usual en esta parte de América es que las madres de los cónyuges vengan a ser en todo como una segunda madre que les sirve y atiende en cuantos caprichos se ocurren a los pimpollos, y, lo que aún es más extraordinario y alcanza las proporciones del portento, las suegras de por acá inclinan la balanza, en todo

caso, ¡al lado del yerno porque dicen que la propia experiencia así se lo enseñó...! De vez en cuando resulta algún suegrón o vestiglo, que hace el tormento de propios y extraños, pero bien se comprende que «una golondrina no hace verano» y para que no se crea que somos parciales en el asunto que nos ocupa, ni que se nos diga que «cada cual habla de la feria como le fue en ella», añadimos que no sabemos si fue fortuna o desgracia que no tuviéramos suegra, por lo que diremos como el filósofo: «¡En la duda, abstente!».

Se comprende que las gratas impresiones recibidas por los hijos en el hogar doméstico influyan poderosamente para que, ya hechos hombres, dirijan sus miradas hacia la morada en que vieron la

primera luz, y que, al doblar la colina que les hace perder de vista la casa paterna, los persiga el melancólico recuerdo del bien perdido, y sólo anhelan por la pronta vuelta a los sitios que fueron mudos, pero expresivos compañeros y testigos de sus juegos y travesuras infantiles. Nada tiene, pues, de raro que los que viven sus primeros años como envueltos en el perfume misterioso y suave que aspiran en el seno de la familia, guarden con cuidadoso esmero las costumbres que aprendieron de sus mayores, y se amolden e identifiquen con ellas, hasta producir el tipo que, como el raizal santafereño, es modelo de los que prefieren el rincón donde nacieron a todas las maravillas y comodidades de que pudieran disfrutar en tierra extranjera.

Es probable que de ahí provenga la marcada propensión al aislamiento que se observa en los habitantes de los países transandinos, que no son capaces de apreciar los pocos goces y adelantos materiales que, a fuerza de perseverancia y en alas de progresistas empresarios, han trepado hasta nosotros. Así se explica que los alumbrados por medio del gas y de la electricidad sólo sirven en Bogotá para hacer ver sus calles desiertas durante la noche, y que sus bellísimos parques no sean frecuentados, como debieran serlo, por numeroso y renovado concurso de niños y señoras, porque todos hallamos en el hogar doméstico aquello a que tenemos propensión: paz y sosiego, sea cual fuere nuestra situación pecuniaria, porque otra de las condiciones que distinguen al bogotano o santafereño es la especialísima indiferencia, que bien pudiera calificarse de frío egoísmo.

No tenemos el propósito de hacer la apología incondicional de las costumbres de antaño, porque bien se nos alcanza que no todo era perfecto y consiguientemente inmutable; pero sí creemos con sinceridad que los cambios operados no compensan los usos y costumbres abandonados.





[...]

Terminadas las tareas escolares de los muchachos, se daba principio a la obligada salida al campo, o a las poblaciones de tierra caliente, con el objeto de que «crecieran y aprendieran a nadar», cosa menos que imposible en Bogotá.

Si hasta ahora hemos considerado a las matronas santafereñas como castellanas en el castillo urbano, vamos a verlas ejerciendo *urbi et orbi* su complicado magisterio de jefe de Estado mayor general y castrametación, en todo lo que sea conducente al mantenimiento, forraje, equipo y bagajes del numeroso personal que había de viajar.

Mucho tienen que agradecer los bogotanos a los empresarios que les proporcionan medios de locomoción, aunque apenas se extiende su beneficio a una parte de la altiplanicie. En la actualidad se disfruta de los ferrocarriles que parten de esta ciudad y nos ponen en rápida comunicación con Facatativá, Zipaquirá y Sibaté; hay un tranvía que conduce pasajeros y carga entre Bogotá y Chapinero; se puede viajar en ruedas hasta cerca de Tunja y por otras veredas que tienen el título pomposo de Camino Real; funcionan una lancha de vapor entre Puente Grande y las inmediaciones de Zipaquirá, y acaba de organizarse una compañía de carruajes urbanos, que principió dando al servicio del público veinte elegantes victorias, a precios módicos y guiadas por cocheros vestidos con decoro. Existen, pues, elementos relativamente cómodos, aunque caros, para facilitar la movilización de las familias que salen a veranear; pero de estas comodidades que pudieran llamarse

lujo para viajar, no gozaron los santafereños, y ni aun llegaron a maliciar su futura existencia.

La pluma de don José Manuel Groot describió con admirable realismo el viaje a Ubaque:

nosotros emprenderemos camino por vía opuesta, entre otras causas, para evitar un encontrón con aquella eminencia literaria que nos abrumaría. Iremos a Villeta.

Una vez hecha la elección del lugar indicado, se daba principio a las tareas del caso, por proveerse de ropas de telas delgadas y artículos de bucólica, en cuyo número figuraban en primera línea las pastillas de chocolate, los bocadillos de guayaba, el bizcocho calao y demás comestibles, en cantidad suficiente para alimentar una numerosa familia durante el tiempo que durara la mudada de temperamento; pues es bueno que se tenga presente, que antaño era casi desconocido en nuestras pequeñas poblaciones el servicio de fondas, hoteles o cosa parecida, y que, en consecuencia, era de imperiosa necesidad que el viajero llevara todo, desde la sal hasta el agua, en materia de víveres, y los enseres y demás menaje para procurarse lo estrictamente necesario en cuanto a comodidad personal.

Era la plaza de mercado el lugar de provisión de bagajes: se encontraban allí vivanderos con quienes se conseguían las mulas a razón de doce reales desde Santafé hasta Villeta, después de que habían prestado el servicio de cargar víveres, siendo de



cargo del mulero la alimentación de las cabalgaduras durante el viaje, y el salario de los arrieros.

Con facilidad se conseguía casa, que era de bahaque y palmicha, sin cielos rasos ni enladrillados, y por lo regular se componía de un cuerpo de edificio con salita, que servía de comedor durante el día y de alcoba por la noche, de dos piezas laterales y estrechas; al interior, un patio en que había árboles y algunas flores, y cocina con fogón formado por piedras que se amoldaban a las ollas que sostenían, cuyo combustible era, y aún es, la leña acabada de cortar en el monte. En cuanto al mobiliario, la constituían poyos de adobe para sentarse y estacas en las paredes para colgar la ropa; en algunas se llevaba el lujo hasta poner arañas de carrizo y candilejas de lo mismo; y como el dueño de la casa no vivía en ella, o no tenía el hábito del aseo, la preparada para recibir a los forasteros era un receptáculo de insectos tales como chinches, pitos, arañas, alacranes y demás congéneres, suficientes para colmar las exigencias del más desafortunado naturalista.

18

Obtenida la casa, aseguradas las bestias y preparado el fiambre, se entraba en la faena de conseguir monturas y aperos para ensillar las mulas; pero como la familia era del orden pedestre, o lo que es lo mismo, no tenía costumbre de montar, carecía de todo, para suplir lo cual se distribuía como en tiempo de revolución, comparto de monturas entre amigos y relacionados. Y como no era posible que cada hijo de vecino tuviera talabartería en su casa, se salía del compromiso enviando lo que podían, de donde resultaba que los aperos y demás tremotiles de la familia viajera, era el conjunto más heterogéneo imaginable de objetos que no volvían nunca al poder de su legítimo dueño, por la sencilla razón de que era punto algo menos que imposible adivinar entre tanta gurupera, cincha, freno, sudadero, jáquima y montura, quiénes eran sus dueños después de que tales artículos habían prestado el servicio.

Empacado el equipaje y metida en él la ropa de las sirvientas, a fin de que las muy ladinas no se arrepintieran de ir a tierra caliente, llegaba el día deseado de emprender marcha a divertirse a sus anchas, para salir a conocer nuevos horizontes y





dejar atrás a la aburridora ciudad. La hora fijada para la marcha era la de las seis de la mañana, a fin de llegar con luz a Facatativá, que era la dormida obligada, cuando no había dificultades en el viaje; pero después de que se alzaba a *Sanctus* en la Catedral, se aparecían los arrieros con las bestias, porque hasta esa hora pareció la mula o mulas que se salieron del potrero. Este primer contratiempo, de que se imponía el vecindario por la permanencia en el balcón de los futuros viajeros, apostrofando y maldiciendo de los arrieros, y del intempestivo y no presupuesto almuerzo, del que no podía ya prescindirse sin exponerse a comprometer el éxito de la jornada, constituían el primer goce del suspirado paseo.

Las muchachas viajeras se habían forjado la ilusión de que las vieran salir en briosos y hermosos corceles en que lucirían sus elegantes trajes de montar, como entonces se llamaban: cuál sería su cruel desengaño al ver la esqueletada brigada de animales presentes, entre los que era raro el que tuviera completas las orejas o no careciera de un ojo, con espinazos que eran una sola y asquerosa llaga, «desde la cruz hasta la fecha», como suele decirse.

Y era sobre esas meditabundas cabalgaduras con el labio caído de tristeza y hambre como debían los viajeros atravesar la ciudad al emprender camino, seguidos de las sirvientas encaramadas sobre desvencijados sillones del tiempo de los Encomenderos, o en cualquier fuste viejo,

llevando debajo el tendido de la cama y pendientes del arzón, los objetos recogidos a última hora, que se olvidaron o no cupieron en las cargas del equipaje, con la mirada en la cola del bagaje a fin de no desvanecerse con el movimiento, siguiendo el consejo que les dio una conocida aplanchadora experimentada en achaque de viajes a tierra caliente, mezcladas con los peones que montados a horcadas sobre cuadrúpedo enjalnado, conducían por delante los niños envueltos en sábanas y sentados sobre las almohadas en que debían reclinar la cabeza en la posada, precedidas del cargamento de petacas, baúles y almofrej, sobre el cual hacían las funciones de cencerros las bacinillas de hierro al golpearse contra

la olleta de cobre de hacer el chocolate, y cuyo molinillo se introducía indistintamente, en una u otra vasija, en obediencia a las sacudidas que le imprimía el movimiento de la mula, y, por último, oyendo en las calles que alborotaban con aquel tren el grito de «¡se acabó la guerra!», lanzado por dondequiera que había chinos que vieran ese pelotón informe, compuesto de cuanto Dios crió, que avanzaba lentamente, sin más ruido que el constante vapuleo acompañado del consiguiente arre y el chupar de los impacientes jinetes, ansiosos de salir de aquella que bien podía llamarse vergüenza pública.

A retaguardia de aquello que parecía desfile de carnaval iban: el *pater familias*, gravemente montado en su acémila,



debajo de colosal sombrero enfundado, cubierto con gran ruana pastusa forrada en bayeta roja, metido dentro de estrechos zamarros de piel de tigre, calzadas las espuelas de plata, ocupando la silla chocontana cubierta con el tradicional pellón rojo, como defensa contra las duras corazas de la montura, y provisto del encauchado que debía protegerlo de las aguas lluvias, llegado el caso. Seguía la matrona de la familia, sentada con apostura regia sobre el gran sillón tapizado con paño color de grana y cantoneras de plata, que soportaba una hacanea, con freno recamado de conchitas blancas y guarniciones de plata.

La caravana marchaba sin novedad hasta la primera venta que encontrara en el camino; pero al aproximarse a esos sitios de arribo obligado de los arrieros, era de todo punto imposible impedir que las resabiadas cabalgaduras se allegaran de rondón a la enramada que se destina en las posadas para guarecerse de la intemperie. Si la suerte favorecía a los viajeros, llegaban bien entrada la noche a la posada de Facatativá, donde comían mal y dormían peor; pues entre los ratones que pululaban, las pulgas que hormigueaban, el ladrar de los perros y el estropeo del camino, no quedaba resquicio por donde cupiera el alivio del sueño.

Muy de mañana continuaban su marcha los viajeros, no sin lamentarse de la mala situación corporal en que se hallaban, y deseando el imposible de ir sentados sobre las niñas de los ojos, más bien que en la posición que les producía el quebranto, no obstante que en la noche anterior habían agotado la provisión de velas de sebo.

Al llegar al Alto del Roble y contemplar la peligrosa escalera de caracol por donde debían bajar aquellos raizales, quienes por primera vez salían de la Sabana, se les juntaba el cielo con la tierra, y, si estuviera en su mano, de seguro que se volverían para su casa; pero la cosa no tenía remedio, y era imprescindible seguir adelante, después de santiarse y agarrarse bien de la baticola como prenda de seguridad para no dar un volatín por encima de las orejas de las bestias.

El Patio de las Brujas era otro mal paso que había después del Aserradero, formado de un piélagos de lodo color de siena, sombreado por bosque tupido de donde no podía salir sino con auxilio extraño, quien allí se atollaba. Fue precisamente en esa localidad donde tuvo origen la siguiente anécdota.

En el año de 1853 se publicó en la *Gaceta Oficial* un informe en que se aseguraba que el camino de Bogotá a Honda estaba en perfecto buen estado, merced a las reparaciones hechas por el respetable cuerpo de ingenieros encargado de componerlo. En esa época corría el negociado de caminos a cargo de la Secretaría de Hacienda, hábilmente desempeñada por don José María Plata, quien hizo un viaje por esos lados en compañía del doctor Vicente Lombana, de carácter burlón y sarcástico. Al llegar al Patio de las Brujas caminaba adelante el doctor Plata buscando con dificultad por dónde pasar, y como no encontraba vado, le preguntó al doctor Lombana su parecer, a lo cual contestó este con el gracejo que lo caracterizaba: «¡Échese por donde dice la Gaceta!».

Empezaba luego la cuesta de El Salitre, que era un gredal negruzco en donde se quedaban prendidas las cabalgaduras lo mismo que las moscas en miel espesa: ese lugar se hizo célebre porque allí quedó pegado, con mula y todo, monseñor Lorenzo Barilli, nuncio del papa, en el año de 1857, a su regreso a Roma.

Si la mala estrella de los caminantes hacía que les cayera uno de aquellos aguaceros como sólo se usan en nuestra tierra, no tenían otro remedio sino dejarlo caer, y encargar al cuerpo el cuidado de secar la ropa, pues era muy raro encontrar dónde guarecerse. No haremos cuenta de las montadas, desmontadas, caídas, levantadas y demás contra-tiempos anexos a los viajes que se emprenden entre nosotros con numerosa familia; sólo diremos que si no se presentaban más graves inconvenientes, llegaban los veraneadores a la población a la caída de la tarde, sofocados por el calor y sedientos como si vinieran del desierto de Sahara, porque a los santafereños, lo mismo que a los bogotanos, les





hacía mucha impresión el calor la primera vez que se aventuraban a bajar de su nido de águila, en el que sólo imperan los cierzos del Cruz-verde.

El atrasado y deseado equipaje, que en esos instantes tenía excepcionalísima importancia, llegaba bien entrada la noche, si era que llegaba, y mientras tanto permanecían los afligidos viajeros recostados en lo que podían, porque ya hemos dicho que en la

habitación destinada a que se desmontaran y pasaran la temporada, faltaba hasta lo más indispensable para la comodidad de la familia. Entre reniegos, maldiciones y un diluvio de vizcaínos, entregaban las cargas los arrieros, y mucho era si se dignaban, por compasión, destripar el almofrej y desliar las petacas para que se proveyeran los forasteros de lecho en qué tenderse, del chocolate, panacea para entretener el hambre hasta el

día siguiente, en que amanecían los malaventurados paseantes con aspecto de lazarrinos, porque a costa de su sangre habían saciado la voracidad de las implacables plagas de que estaba atestada la casa. A nadie conocían en el pueblo ni tenían a quién volver los ojos; al acometer no más la tarea de barrer los aposentos, encontraban alacranes dondequiera e indicios claros de que, sin gran cuidado y prevención, sería más

que probable una desgracia ocasionada por la mordedura de algún animal venenoso. El negociado de la cocina tomaba las proporciones de catástrofe doméstica; la cocinera se resistía a cocinar en el suelo con leña verde, y las sirvientas exigían su pronto regreso a la Sabana, porque no se resignaban a trabajar en los oficios de acarrear agua desde el río, ni a cargar ninguna cosa, en razón a que apenas podían con su propio cuerpo.

Quedaban, pues, de hecho convertidas en amas de llaves, encargadas del servicio doméstico, la madre y las hijas, que debían atender a las necesidades de la familia, desde el arreglo de las piezas del rancho que habitaban, hasta ocuparse personalmente en los oficios de cocina, repostería y demás atenciones que reclama la marcha regular de todo hogar bien ordenado.

No podía ser más penosa la situación de las que creían salir a descansar a otros climas; en donde la falta de recursos y el completo cambio de costumbres convertían el codiciado paseo en voluntario confinamiento, o mejor dicho, en lugar de trabajos y privaciones. La vista de una cinta en el suelo o de cualquier objeto extraño, producía el alarma consiguiente al que se experimenta ante el terrible reptil que puede matar al encontrarle; el baño disminuía el aliciente apetecido, porque las amedrentadas familias veían por todas partes peligros y fieras prontas a devorarlas; no gozaban de sueño tranquilo, por la constante zozobra que las atormentaba con el temor de que los murciélagos les chuparan la sangre o les cayeran alacranes del empajado; cada dedo de los pies de los viajeros era un panal de niguas que, en opinión de nuestro amigo Diego Fallón, deben dejarse entrar tranquilamente para gozar la imponderable delicia de rascarse contra el colchón de la cama; las ronchas causadas por las picaduras de los mosquitos y zancudos, producían furioso prurito que no calmaban las uñas de los diez dedos de las manos; y para colmo de males, daba la chapetonada, ligera indisposición que sufren los habitantes de las tierras altas cuando entran en las cálidas.

Las muchachas perdían sus sonrosados colores para tomar el aspecto de cloróticas, y como bebían guarapo, sin término, comían frutas en toda ocasión, se bañaban tres veces en cada día, y dormían la mayor parte de las veinticuatro horas, pronto les sucedía lo que a cierto inglés que bebía mucho brandy, tomaba ají y otros picantes, y que sin embargo no adivinaba el porqué de la irritación crónica que lo aquejaba;





pronto caían aquellas en tal postración de fuerzas, que hacía imperiosa su vuelta a respirar los aires nativos para recuperar la salud que perdían a paso de gigante.

Al fin llegaba el término fijado para regresar a Santafé, adonde volvían los paseantes cargados de calabazos, cocuyos, pericos y toches, de los que daba cuenta en poco tiempo el gato de la casa; y como del paseo a veranear a tierra caliente sólo traían recuerdos enfadosos, pocos eran los que quedaban con ganas de repetirlo. Razón tenían los santafereños en preferir estarse quietos en sus moradas, en vez de ir a pasar trabajos y sufrir toda clase de percances en lo que antaño se llamaba ir a mudar temperamento.

Leer es mi cuento 1
De viva voz Relatos y poemas para leer juntos
 Varios autores.

Leer es mi cuento 2
Con Pombo y platillos
 Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3
Puro cuento
 Selección de cuentos Varios autores.

Leer es mi cuento 4
Barbas, pelos y cenizas
 Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5
Canta palabras
 Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6
Bosque adentro
 Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7
De animales y de niños
 Varios autores.

Leer es mi cuento 8
En la Diestra de Dios Padre
 Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9
Ábrete grano pequeño
 Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10
El Rey de los topos y su hija
 Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11
Los pigmeos
 Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12
El pequeño escribiente florentino
 Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13
Don Quijote de la Mancha Capítulos I y VIII.
 Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14
Romeo y Julieta
 William Shakespeare
 Versión de Charles y Mary Lamb.

Leer es mi cuento 15
El patito feo
 Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16
Meñique
 José Martí.

Leer es mi cuento 17
Cuentos de Las mil y una noches
 Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18
Cuentos de la selva
 Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19
Poesía en español
 Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20
El diablo de la botella
 Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21
Fábulas
 F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22
La bella y la bestia
 Jeanne Marie Leprince de Beaumont.

Leer es mi cuento 23
Por qué el elefante tiene la trompa así
 Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24
Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25
Aventuras de Ulises
 Homero.
 Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26
Don Juan Bolondrón
 Folclor español.
 Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27
Memorias de un abanderado
 José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28
Espadas son triunfos
 Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29
Cantos populares de mi tierra
 Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30
Rapunzel • Pulgarcito
 Varios autores.

Leer es mi cuento 31
Las travesuras de Naricita
 Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32
La gata blanca
 Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33
Versos sencillos
(Selección)
 José Martí.

Leer es mi cuento 34
Memorias de un caballo de la Independencia
(Selección)
 Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35
Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano

Leer es mi cuento 36
Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano

Leer es mi cuento 37
Una ronda de Don Ventura Ahumada
 Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38
La Expedición Botánica contada a los niños
(Selección)
 Elisa Mújica.

Leer es mi cuento 39
Pelo de Zanahoria
(Selección)
 Jules Renard.

Leer es mi cuento 40
La monja • Mi madrina
 Soledad Acosta de Samper.

Leer es mi cuento 41
Así es mi palabra
Selección de poesía indígena colombiana
 Varios autores.

Leer es mi cuento 42
Cuentos a Sonny
La Tierra de El Dorado
 Santiago Pérez Triana.

Leer es mi cuento 43
Entre usted, que se moja
 José David Guarán.

Leer es mi cuento 44
Las preguntas del agua
Selección de poesía afrocolombiana
 Varios autores.

Leer es mi cuento 45
El ruiseñor y la rosa • El príncipe feliz
 Oscar Wilde.

Leer es mi cuento 46
¡Que pase el aserrador! • La tragedia del minero
 Varios autores.

Leer es mi cuento 47
Cuentos de la Tía Anancy
 Ignacio Barrera Kelly.

Leer es mi cuento 48
Las mujeres de la Independencia
 Catalina Navas.

Leer es mi cuento 49
Reminiscencias de Santafé y Bogotá
 José María Cordovez Moure.

Leer es mi cuento 50
Ni era vaca ni era caballo
 Miguel Ángel Jusayú.

Consulte los libros digitales y el glosario aquí: www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/